



Francisco Nieva.

regido nuestro teatro cómico.

El premio que acaba de recibir Nieva es, por ello, significativo. Y augura una gira polémica y fructífera de su Teatro Furioso por todo el país, en cuanto propone un nuevo modo de reír y de pensar ante la escena, una relación imaginativa, gozosa y crítica entre el espectador y el espectáculo. Cosas, como bien sabe el lector, "muy raramente vistas" hasta ahora y que no vamos a conquistar fácilmente. ■ J. M.

sentativa—, reunidos casualmente en un lugar cerrado o semicerrado, ven desencadenarse sobre ellos una fuerza natural o provocada capaz de terminar con sus vidas. A un nivel de estructura dramática, tres son las fases en que tal esquema suele quedar desarrollado: a) demostración al espectador de que el medio en que sucederán los hechos es perfectamente normal y cotidiano, identificable, por tanto, con sus propias experiencias, lo que viene reforzado por la constatación de que todos los personajes se hallan ajenos al peligro; b) insinuación progresiva de ese peligro, minuto a minuto más amenazante y concreto, y c) desencadenamiento de la catástrofe —largamente esperada por el público, lo que genera en él un sentimiento morboso al desear, consciente o inconscientemente, que la tragedia se produzca: no otro es el impulso sadomasoquista que le ha llevado a elegir esa película concreta—. Ante la catástrofe, el film, o bien contará las operaciones de salvamento efectuadas para paliar en lo posible sus efectos, o bien se limitará (en menos ocasiones)

contempla un partido decisivo de fútbol americano, y saber —por tanto— el público que tarde o temprano empezará a matar a los desprevenidos espectadores (no se trata de algo que coja por sorpresa, un naufragio, un terremoto o un incendio, por poner ejemplos de films anteriores pertenecientes al género), se crea en la sala una impaciencia porque la tragedia comience. De alguna forma, el público es conducido a animar al francotirador para que cumpla sus objetivos criminales: es tal la ansiedad que la película le crea, es tan prolongado el mantenimiento de la espera, es tal su frustración ante el hecho de que pasan los minutos y nada llega realmente a suceder, que se le predispone claramente a desear la actuación final del asesino.

Lo que ello supone desde el punto de vista ético, fácilmente lo deducirá el lector. Una manipulación así del espectador, este llevarle de la mano hasta hacerle querer el estallido de la violencia, sólo puede resultar condenable para quienes tenemos una idea muy distinta del cine y de su función social. Bajo la apa-

su servicio, toda una maquinaria perfectamente engrasada, un sistema sin fallos técnicos, que inoluya desde el realizador, Larry Peerce (que, en otros tiempos, intentó un cine realista, testimonial, adscrito a la llamada "Escuela de Nueva York": "One potato, two potato", "Victima de la ley" —1964—; "El incidente" —1967—..., y hoy trabajando para las grandes compañías monopolistas), hasta el verdaderamente admirable equipo masivo de extras que "rellenan" la película. Y es que Hollywood no escatima medios cuando de imponer su visión del mundo se trata, logrando sustanciosos dólares a cambio, por más que pisotee los derechos a la libertad y el propio criterio de que debe gozar todo espectador. ■ FERNANDO LARA.

"¡Adiós, muñeca!"

Una tentación continua del cine, y primordialmente del norteamericano, es la referencia a sus épocas doradas: los años treinta y cuarenta, donde se forjó la personalidad de los géneros que luego, mecánicamente, se continuarían tratando. El cine "negro" y el cine musical, por ejemplo, son dos de esos géneros que pocas veces han vuelto a encontrar la coherencia, la brillantez y la honestidad que en aquellos años consiguieron. Respecto al musical, nada mejor que dedicarse a recopilar fragmentos de las mejores películas como se viene haciendo: han pasado los estímulos que hicieron posible aquellas películas, ha variado notablemente la sensibilidad musical de quienes inventaban y de quienes consumían, y, radicalmente, hay que abandonar o plantearse de forma diferente las posibilidades del género. Lo que no impide, sin embargo, que aquellas películas sigan conservando suficientes elementos gratificadores para el público de nuestros días, incluso fuera del mecanismo sentimental de la nostalgia.

El cine "negro", por su parte, no sólo sirvió para plasmar de forma apasionada las vivencias de los norteamericanos de los años treinta, sino que, en su esquema fundamental, sigue siendo hoy una corriente cinematográfica válida. La tentación de homenajear aquel ciclo es continua: teníamos no hace mucho en

CINE

Un sentimiento morboso

Hollywood es insaciable; mientras no hayamos visto reflejadas en sus películas todas y cada una de las situaciones que pueden generar un pánico colectivo, tendremos sin cesar "films-catástrofe" en las pantallas del mundo. Es en casos como éste cuando se pone en evidencia el funcionamiento de los patrones industriales de consumo aplicados a una determinada producción, cuando se demuestra el carácter de "fábrica" de las grandes compañías cinematográficas norteamericanas. Porque el esquema de las películas "catástroficas" se repite invariablemente a lo largo de una ya nutrida filmografía: un conjunto de personajes —entre los cuales algunos son tratados con cierto detenimiento, mediante "pinceladas" de gruesa psicología repre-



"Pánico en el estadio" ("Two minute warning", 1976), de Larry Peerce.

a enseñar los terribles resultados de la hecatombe.

"Pánico en el estadio" ("Two minute warning", 1976), de Larry Peerce, manteniendo las constantes del esquema descrito, juega de manera más exacerbada que sus precedentes con ese sentimiento morboso que acabamos de citar: al ser la amenaza catastrofista la de un francotirador que en cualquier momento puede disparar sobre una multitud de 100.000 personas que

riencia de inocuos y a-ideológicos productos espectaculares, Hollywood se ha especializado durante décadas y décadas en imponer al público una ideología y una moral derechistas. "Pánico en el estadio" es un claro ejemplo de ello, una muestra bien actual de cómo —de manera subterránea— es posible hacer partícipe de unos contenidos deleznable bajo ciertas características "inocentemente" genéricas como las del "film catástrofe". A